

DE CAMINO HACIA LA INDIFERENCIA

Importantes transformaciones en el panorama religioso-cultural español

El panorama español, como el europeo, dibuja perfiles de una importante **crisis**: un *descenso creciente de los practicantes*.

Los tres tercios:

El 82% pertenece a una religión, y de ellos el 98,3% se dicen católicos. “*España sigue siendo católica*” en *identidad sociocultural*, pero *no en opción personal o experiencia religiosa*.

- Un tercio de practicantes (9% y 20%).
- Un segundo tercio de católicos ocasionales (28%), festivos o estacionales, poco o no muy practicantes.
- Y un tercer grupo de alejados o católicos no practicantes (24%), que nunca van a misa u otros oficios religiosos.

Paralelo a este proceso de *alejamiento de lo eclesial* se dan otros dos: la *libertad hermenéutica* o interpretadora de los individuos, desregulación institucional, y *desdogmatización o flexibilización dogmática*. Individualización o *subjetivización de creencias*:

El 81% cree en Dios, pero en creciente despersonalización; para muchos jóvenes “espíritu o fuerza vital” (Influencia oriental, reacción contra antropomorfización del misterio y pérdida de influencia de imagen cristiana).

La creencia en el infierno disminuye al 27%, cambia el imaginario por pérdida de “memoria religiosa”, frente a otros imaginarios racionales, científicos o religiosos.

La asistencia o práctica religiosa se sitúa en un 35%.

El 18% se considera fuera de toda religión institucional, y la mayoría de ellos están entre los 18 y los 34 años (fracaso de socialización religiosa). 10% indiferente, 2% agnóstico y 85 ateo.

El problema de la autoconciencia religiosa:

Identificación religiosa como elemento cultural o sociológico, pero la religión es más una experiencia personal. Hoy se da un fenómeno curioso: *la pertenencia religiosa no es dimensión imperativa de la identidad individual*. Pertenencia a institución y religiosidad no están mutuamente implicados. Así vemos contradicciones: del 82% que pertenece a la religión

católica, el 56% se declara religioso, el 28% no religioso y el 1% ateo. Y del 18% que no pertenece a ninguna religión, el 11% se declaran personas religiosas, el 8% practicante regular y el 24% practicante ocasional.

Los rasgos del no religioso español:

- Hombres 41% y mujeres 25%.
- Entre 18-24 el 46%, entre 25-34 el 40%, más de 65 el 20%...
- Generalización de increencia, independencia de estudios.
- Respecto a la ocupación, la precariedad y exclusión social alejan de religiosidad, mientras que la buena situación laboral e independencia favorecen religiosidad.
- Factor ideológico-político influye fuertemente.
- El tipo de religiosidad; práctica, coherencia, oración...
- Los valores predominantes, materialistas o postmaterialistas, permisividad moral o no,...

Sobre la indiferencia religiosa:

Componente subjetivo y objetivo: ausencia de inquietud religiosa y afirmación de la irrelevancia de Dios y de la dimensión religiosa de la vida.

Despreocupación frente a lo religioso, desinterés por el problema religioso, no se pronuncia ni a favor ni en contra de Dios, vive sin horizonte de trascendencia.

No sería ni religiosidad ni ideología, sino una actitud existencial en un determinado clima sociocultural.

- Indiferencia por abandono, alejamiento progresivo de la vivencia religiosa a nivel personal.
- Indiferencia irreligiosa, se parte de una situación de vacío religioso, por educación o ambiente familiar.
- Indiferencia comprometida, que nace del fracaso de los ideales religiosos, por la falta de coherencia entre esos ideales y la práctica.
- Indiferencia como salida conflicto personal, fruto de la propia historia, de sus tensiones y conflictos, experiencia religiosa minada por algunas situaciones críticas (personales, sociales, institucionales...).

Efectos sobre cristianismo español:

Avance de la no religiosidad y alejamiento de las formas institucionales.

Descristianización, pérdida de la herencia cristiana.

Descenso vocaciones, del cristianismo cúlctico-ritual, libertad interpretacional doctrinal, religiosidad individualista-subjetivista.

Catolicismo hacia formas minoritarias, nuevo estilo y forma de encarnación institucional.

La desinstitucionalización de los jóvenes:

Aumenta la distancia entre los jóvenes y la Iglesia. El 12% de jóvenes se dice practicante, aunque el 40% se confiesa creyente. Sólo el 29% confía bastante en la Iglesia.

La mayoría no tiene conciencia de la mediación eclesial para acercarse al misterio de Dios, el 71% no necesita la Iglesia para creer en Dios.

El 70% es poco receptivo a la dimensión religiosa o no la manifiestan.

Todo ello fruto del *fracaso de la transmisión* de tradición católica, que lleva a una verdadera ruptura, pérdida de la memoria de tradición.

Una *sociedad secular en rápido cambio*: cambios acaecidos en la familia, la incorporación de la mujer al trabajo, rompe continuidad traspaso generacional.

Padres fuertemente secularizados en post-franquismo, crisis, carecen de convicciones religiosas firmes a transmitir. Se rompe la socialización religiosa. La familia es más transmisora de irreligión.

La misma *Escuela*, con su importante papel socializador, tiene cada vez más dificultades para cumplir con su papel evangelizador.

El cambio de la atmósfera cultural. La sociedad de la información crea una *cultura de la imagen*, frente a la cultura del libro eclesial. La que se llama cultura de la palabra. También *cultura de la extensión*: prioriza el espacio sobre el tiempo, lo inmediato sobre la duración.

Estilo de vida dinámico y consumista, virtual y vertiginoso, poco dado a la reflexión.

Subcultura del “fin de semana”, la Iglesia pierde el control o monopolio sobre el tiempo.

La irrelevancia eclesial en la sociedad, distancia entre la propuesta moral sexual y la práctica de los jóvenes.

La reconstrucción religiosa:

Los datos apuntan a un crecimiento de la indiferencia o no religiosidad. Una pérdida de sensibilidad religiosa o reconstrucción de la religiosidad católica.

Reconfiguración de lo religioso que pasa por el *individuo*, que se convierte en el centro de la reapropiación de lo religioso, todo pasa por la sensación de elección propia.

La nueva “*sociedad de las sensaciones*”, lleva a una reconstrucción de tinte *emocional y experiencial*, al gusto, según impulso vital y gratificación inmediata. Huimos del aburrimiento repetitivo; el individuo degustador de experiencias busca siempre lo nuevo, una religiosidad menos organizada, más experiencial.

Vemos que la situación no es anti-ecclesial, sino de un alejamiento que pierde de vista, ideas, formas de vida, símbolos e imaginario católico. Estamos ante la des-institucionalización de la religión cristiana, basada más en la indiferencia que en el rechazo explícito. Una despedida de la religión sin portazos, sin nostalgia, hacia formas de vida seculares o inmanentes.

La cuestión del sentido:

Hemos hablado muchas veces del papel que juega la religión como donadora de sentido, de identidad, de orientación cosmovisional y valorativa.

Ante el alejamiento de lo religioso, la crisis de socialización, el cambio cultural, ¿cómo damos sentido a nuestras vidas?.

Toda cultura lleva en profundidad un núcleo religioso, una apuesta o aspiración de transcendencia.

Hoy parece que ese núcleo religioso es puesto en cuestión. Todo queda en el puro presentismo, en la apertura a la inmediatez. Domina la ideología del “momentaneísmo”, de la satisfacción inmediata, del presentismo esteticista.

Estamos ante una recomposición del sentido y de la identidad que ya no sigue los caminos del humanismo cristiano...

SOCIEDAD SECULARIZADA Y ARRELIGIOSA

Hablar de indiferencia es para muchos síntoma de una pérdida, algo que se nos quita, fruto de una pérdida de creencias religiosas.

Es fruto de un *largo y complejo proceso, en el que interviene decisivamente el propio cristianismo*, que ha llevado a una nueva cultura que asume una consideración “desencantada” del mundo.

En el cristianismo hay elementos que impulsan a la Modernidad. Cada forma religiosa lleva consigo una racionalidad, una forma de mirar y comprender el mundo, que supone una actitud moral y valores que influyen en la construcción de un tipo de cultura y de sociedad.

La idea del Dios creador, distinto y no equiparable a lo creado, lleva a una visión del mundo como criatura; no es Dios ni divino, sino finitud y

contingencia. El mundo es racionalizado, desencantado, separado y diferenciado de Dios; aunque haya huellas del creador, queda desmitologizado.

Un mundo desencantado y un Dios trascendentalizado, dejan un mundo para la libertad humana, para la exploración de su inteligencia.

Incluso la religión de Jesús de Nazaret es una fe secular, una experiencia de lo sagrado en lo profano; la experiencia de Dios en el corazón de la profanidad.

Está claro que el *dinamismo secularizador del cristianismo* ha hecho posible un nuevo modo de ver a Dios en relación con la realidad social, cultural, racional. Esto supone ganancias y pérdidas, purificación y descomposición de determinados elementos religiosos.

1. La racionalidad funcional-instrumental:

Consideración de toda la realidad como un simple medio o instrumento para alcanzar un determinado objetivo. Típico de la mentalidad positivista-científica, para la que Dios no es más que una hipótesis superflua, se trata de una hipótesis no verificable e innecesaria para las relaciones funcionales con la realidad.

Supone un modo de ver la realidad objetivista y cuantificador. Impide captar la realidad desde otro ángulo, en su profundidad y riqueza inabarcable, en la evocación o “misteriosidad”.

La mentalidad científico-técnica provoca ceguera simbólica, que trae graves consecuencias para la captación y vivencia de lo religioso.

2. Era del epílogo, nihilismo deconstructivo:

La gran revolución de la modernidad tardía, ruptura de la confianza entre la palabra y el mundo. El “principio de indeterminación” también en la estética, el lenguaje y el pensamiento. Se pone en tela de juicio el trasfondo teológico religioso con el que funcionaba el orden del logos y toda creación humana: la suposición de una presencia real.

Se trata de una “ausencia real”, transitar los caminos de la muerte de Dios en un sentido filosófico, estético, existencial, de ausencia de verdad, de mundo, de transcendencia, de realidad.

3. Sociedad del riesgo:

Vivimos la era de la incertidumbre. Los dinamismos que impulsaron la modernidad (ciencia, técnica, economía,...) se han vuelto radicalmente ambiguos, no conducen a una sociedad más humana, racional y justa. El mito del progreso se derrumba.

El peligro ya no está fuera, está dentro de la sociedad misma. Se trata de un mundo sin control, un mundo desbocado, descontrolado.

Es tiempo para la desconfianza y la sospecha. Las viejas certezas caen bajo el punto de mira del recelo. El hombre hace la experiencia de la necesidad de salvación y a la vez de su inalcanzabilidad o indisponibilidad. Tampoco Dios y la salvación están a mano.

Se dan las condiciones para un pesimismo radical, para la increencia: la imposibilidad de una salvación por la fe en ningún dios o mito, pero tampoco en ideologías, morales, estéticas,...

4. Consumismo de sensaciones:

La cultura de la globalización tecno-económica y de la sociedad de la información es una cultura de rasgos juveniles y banales.

Una cultura del ritmo trepidante. El cambio, la variación, el dinamismo, buscar sin cansar, en la novedad permanente. Ofrecer siempre una sensación nueva.

Una sociedad de las sensaciones, que ofrece un potencial sensorial a disposición de la degustación indefinida e interminable.

Un mercado de sensaciones que explota lo emocional y la satisfacción inmediata. Una especie de espontaneísmo o emocionalismo presentista que busca la satisfacción inmediata.

Tiene importantes consecuencias para la sensibilidad religiosa. Una cultura de lo in-transcendente no transita más allá de sí misma. La rapidez de sensaciones y de degustación no permite tomar distancia sobre lo que se está viviendo, no ayuda a la reflexión ni a la distancia crítica. La persona es un mero receptor pasivo.

5. Individualismo:

Nuestra cultura occidental se empapa de un mito: ser uno mismo, realizarse de manera única y original.

Frente al peligro de clonación social e institucional, el experimentalismo individualista. Exploración de todos los caminos en busca de sí mismo, en rebelión contra los viejos valores. Libertad absoluta frente a toda convención o moral. Libertad para usar el propio cuerpo.

Un inmanentismo ramplón, una religiosidad de trascendencia mínima vivida en la excitación del cuerpo, la profesión, la charla, el café, la justificación de la vida.

6. Eclipse del mesianismo:

Desde finales del s.XX vivimos el fin, ya no sólo de las ideología, sino de las grande política. Un desfallecimiento ideológico utópico nada propicio para una religiosidad de tono mesiánico, como la teología política o de la liberación. Vivimos tiempos post-proféticos y post-mesiánicos, del realismo pragmatista, que frente a la religión del cambio social propone una religión de la seguridad y el consuelo.

Neotradicionalismos, fundamentalismos pentecostalistas,
neomísticas, neoesoterismo,...

7. El fin de las instituciones:

Vivimos el paso de una institucionalización identificadora hacia una más de servicios. El comportamiento de los individuos respecto a las instituciones está cambiando: ya no son donadoras de identificación, sino de elección e implicación personal.

Así la religión es algo personal, de gusto individual. Más que una visión objetiva del mundo y una tradición en la que se toma parte y de la que recibes identidad, como un lugar de vivencia y experiencia, de realización personal y de satisfacción de necesidades. Prima lo individual, la elección, la voluntariedad, la decisión, por encima de la objetividad, la vinculación a norma, reglas y doctrinas.

La iniciativa pasa a los individuos, las instituciones ya no imponen. Sufren una pérdida de autoridad y vinculación: libertad interpretativa de los creyentes, subjetivización de la moral.

Los procesos de racionalización moderna suponen la autonomización, la liquidación del predominio de la centralidad de la religión como explicación del mundo y como orientación de la vida. La ciencia, el arte, la sexualidad, la moral, la familia, todo se independiza de las visiones e instituciones religiosas. Un mundo cultural cimentado sobre sí mismo. Una secularización radicalizada.

Una cultura secular desgajada de su matriz, momento poscristiano donde se instala la indiferencia religiosa.